

El joven Adolfo bajó la escalera encogiéndose de hombros y pensando que Fargeau era un imbécil.

Subió al coche que le esperaba á la puerta, y dió las señas al cochero.

Le estaban esperando para almorzar, y por el camino quería preparar las *frases* que había de improvisar á los postres.

XI.

Antonieta había terminado ya su novela con el Conde de Navaille, después de haberle arruinado. La joven no podía además vivir mucho tiempo con una misma idea. Los contratos que formaba se desgarraban rápidamente, y tenía en circulación tantos billetes de amor, que dejaba protestar algunos.

Se había hecho mucho más positiva é interesada, y ahora sabía ya el precio de una alhaja, y medía por su peso el valor de un brazalete.

Cambiaba de amantes todos los días, ávida de novedad y de sensaciones nuevas, y aquella vida frenética, eléctrica, de sobresaltos y de espasmos, que hubiera matado á un caballo, era la única po-

sible para ella, que, siempre sonriente, reemplazaba con los procedimientos químicos todo lo que iba perdiendo en su naturaleza.

Seguía siendo siempre la Antonia deseada, envidiada, adorada en las primeras representaciones, en las carreras, en los conciertos, en los bailes y en todas partes. Su sonrisa seguía siendo tan deliciosa y descubría los mismos blanquísimos dientes; pero un observador atento hubiera podido observar que tenía cierta expresión indescriptible de tristeza y de desaliento. La joven no dejaba traslucir nada de los repentinos desfallecimientos que la asaltaban á veces cuando estaba sola y la hacían lanzar gritos de dolor.

Muchas veces, al mirarse en sus magníficos espejos, se asustaba de la palidez que cubría su rostro; pero si alguno entraba, al instante se reponía y empezaba á cantar, quizá buscando el olvido.

Por la noche, el teatro, el baile y las cenas la atraían. Se estragaba el estómago con los alimentos más nocivos á su delicada salud, que cada día iba perdiendo un poco, pues era incapaz de contentarse en ninguna clase de placeres.

Todas estas sacudidas debilitaban su débil cuerpo. Se hubiera dicho que era una de esas cajas mecánicas que se desarman pieza por pieza y que

caen desparramadas bruscamente. De todo lo que había sido Antonia, la hermosa, la de carnes rosadas como un fruto sabroso, sólo quedaba un rostro aun bello, pero marchito, y unos divinos ojos negros de expresión melancólica.

Muchas veces, cuando entraba en su palco, hubiera podido oírse la risita sardónica de alguna rival que adivinaba la ruina bajo aquella belleza pintada, la enfermedad bajo aquel esplendor aun insolente, y el sufrimiento bajo aquella sonrisa.

La señora Labarbade, al volver de algún paseo acompañada de Fermín Monsechard el fotógrafo, solía encontrar á Antonia tomando alguna medicina ó con algún ataque nervioso.

Mamá Anais se encogía de hombros.

Por las tardes Antonia mandaba enganchar su cupé (pues era rica, y aun la amaban y se arruinaban por aquella mujer que tosía) y daba orden de que la llevasen á las Tullerías.

Si hacía buen tiempo, iba á sentarse en un banco bajo los castaños y miraba jugar á los niños.

Allí, al calor del sol, respirando el suave aroma de aquellos jardines, parecía reanimarse.

Pero por la noche, ¡qué contraste! Extendida sobre el rojo diván de algún restaurant, cantaba y reía como si la fiebre no la hubiese consumido y

como si no tuviese que pagar al día siguiente aquellos excesos.

Un día, al bajar Antonieta las manos, todas sus sortijas cayeron al suelo.

—¡Cómo he adelgazado!—dijo la joven con espanto.

Los médicos que la visitaban no le decían el nombre de su enfermedad. ¡Tenía esta enfermedad tantos nombres!

Entonces Antonia, que era supersticiosa, consultaba las cartas, y las cartas le decían: «El mal que te consume pasará pronto, y no tardarás en curar»; pero si se miraba al espejo, sus tristes ojos y sus lívidas mejillas le gritaban: «¡Todo, todo ha concluído para tí!»

Entonces desgarraba sus vestidos, rompía los muebles y repetía entre gritos desesperados:

—¡Yo no quiero morir!

Otras veces permanecía días enteros en una butaca contando y recontando las flores de la alfombra ó los dibujos de las colgaduras.

Le entregaban tarjetas.

Cuando leía los nombres grabados en ellas, decía:

—¿Que me quieren estas gentes? No las conozco.

Eran los nombres de sus amantes.

Un día que estaba hablando con la señora Labarbade, entró Adolfo muy contento é hizo seña á su madre para que le escuchase un instante.

—Mamá, ¿no hay cinco luises demás en tu portamonedas para tu hijo querido?

La señora Labarbade levantó los ojos al cielo. Antonieta, al ver que hablaban á su espalda, preguntó:

—¿Quién está ahí?

—Soy yo, hermanita—dijo Adolfo.

—¡Ah! ¿á qué has venido?

—A buscar dinero.

Y se aproximó á Antonieta.

—¡He jugado y he perdido!

—¿Cuánto?

—Diez luises.

—¡Siempre tan tunante!—murmuró la señora Labarbade sonriendo.

—¿No me los podrías dar?

—Sí, ahí los tienes en ese cajón.

Adolfo se inclinó para dar un beso á su hermana después de haber cogido el dinero.

—Hueles á ron.

—Es posible.

—¡Oh, qué bueno es el ron!—dijo Antonia con una vaga sonrisa.

La señora Labarbade cogió á Adolfo de la mano y le llevó hasta la puerta.

—Siempre haces lo que quieres, bribón.

Y añadió mentalmente:

—Adolfo no cesa de pedir. ¡Como si no tuviese yo bastante con las exigencias del *otro!*

El *otro* era Fermín Monsechard.

Adolfo estaba ya en la escalera.

¡Ah!—decía Antonia sonriendo.—El ron..... el ponche..... las yemitas azules..... Esta noche tomaré un ponche con René..... ¡Qué bueno es el ron!

Fernando Terral aborrecía ya aquel París que había querido conquistar. Quería huir de él, ir á otra parte para buscar otra mina, otro filón.....

—¡Partiré!—dijo.

Dos días después estaba en Bolonia con el dinero que había sacado vendiendo sus últimos muebles y algunas ropas. En el trayecto de París á Bolonia, aquel ambicioso decidió ir á Londres. ¡París, Londres! ¡Huía del primero, pero iba al segundo! ¡Londres! Aquel pueblo inmenso era

otro Océano, otra California, otro mundo. En él triunfa la intrepidez, asegurando una vida cómoda al hombre que se empeña en crearse una posición. En él el festín es sabrosísimo para el que tiene buenos dientes. Participaría del festín, tendría en la mesa un puesto; ¿cómo? no lo sabía; pero estaba decidido á conquistar su sitio aunque fuera á puñaladas.

Terral tomaba el fresco de la mañana mientras que embarcaban los equipajes de los pasajeros. El de Terral no era muy pesado, pues sólo llevaba lo puesto.

Los ingleses, que volvían á su país tan flemáticamente como habían salido de él, entraban á comer en los hoteles. Un mozo se aproximó á Terral y le ponderó la cocina del *hotel de Albión*.

—¡Gracias!—dijo Terral;—no tengo apetito.

Había decidido por economía hacer una sola comida en el día.

Y para entrar en calor, pues la brisa del mar le helaba, se puso á pasear rápidamente, hiriendo fuertemente el suelo con los pies.

De pronto tropezó con un joven que sonrió y aprovechó la ocasión para preguntarle en francés, pero con marcado acento extranjero, á qué hora partía el vapor.

—A las siete—contestó Terral.

—Entonces tenemos aún quince minutos—dijo el joven, mirando la hora en un magnífico cronómetro.

—Quince minutos, sí—dijo Terral.

Y se alejó.

Al dar otra vuelta encontró en el mismo sitio al joven mirando hacia el mar.

—Perdonad—dijo éste con amabilidad.—¿Creéis que la travesía será mala hoy?

—No soy marino, y por consiguiente no entiendo de eso—respondió Terral bruscamente.

—¡Ah!..... ¿Y no teméis al mareo?

—No—contestó Terral.—¿Acaso temo yo algo?—añadió mentalmente.

—Os pido mil perdones por todas mis preguntas, caballero; pero entre compañeros de viaje..... Váis á Londres, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—Yo también..... Decidme, ¿conocéis este hotel?—dijo el joven alargando á Terral una tarjeta en que se anunciaba una fonda de Londres.

—No; porque no he ido nunca á Londres, é ignoro como vos cuanto me preguntáis.

—Entonces tendré que informarme por un inglés, y lo siento, porque no me gustan los ingleses.

—¡Oh!

—Soy español y hace tres años que viajo por Europa. Comprendo que vale la pena de atravesar el Canal de la Mancha el ver la Inglaterra; pero ese cielo lleno de bruma me horroriza de antemano..... ¿Conocéis á España, caballero?

—No—respondió Terral.

—Pues os felicito—dijo el español con la franqueza caballeresca de los castellanos—porque así, aun os quedan muchas emociones que experimentar si llegáis á visitarla!

—¿Quién sabe?—dijo Terral.

La campana del vapor se dejaba oír llamando á los viajeros.

Nuestros dos jóvenes acudieron apresuradamente á su llamada.

—Ahora—dijo el español—va á empezar mi martirio con el mareo. Desde Barcelona á Marsella he sufrido mucho, y éste va á ser mi segundo suplicio.

Después ofreció á Terral un cigarrillo en una elegante petaca de Manila.

Terral dió las gracias y encendió el cigarrillo.

Hasta entonces había tenido cierta reserva con aquel joven; pero desde hacía algunos minutos, por el contrario, un nuevo proyecto bullía en su

imaginación. Estudiaba á aquel joven á quien había un momento no conocía, y que entablaba relaciones con él con la expansión propia de los meridionales.

El español tendría unos veintiséis años; era bajo, moreno, con grandes y profundos ojos negros, sedoso bigote y una vivacidad extraordinaria. Iba irreprochablemente vestido. Llevaba á la mano un saco de viaje con una magnífica cerradura de acero, en la que se veía grabada una corona de conde. Su elegancia varonil se manifestaba en todo su traje y persona. El carácter distintivo de su fisonomía era la franqueza, la vivacidad y un no sé qué de petulante y severo al mismo tiempo.

En pocos minutos Fernando había analizado y adivinado todo esto. Era fatalista y pensó que la casualidad no podía poner en balde en su camino á aquel desconocido. Era tal vez la cuerda salvadora á que se coge el que se está ahogando, la mano á que tenía que asirse, la ocasión que se le presentaba.

Mientras que el vapor se alejaba de Bolonia, el español fumaba, tarareando aires de su país. De pronto se interrumpió y dijo á Terral:

—¿Viajáis por gusto?

—¿Yo?..... Sí.

—Pues yo también, á pesar de que los españoles tenemos fama de no conocer más montañas que las de nuestro país, ni más ríos que el Manzanares..... ¡Ah! ¡este olor á brea es insoportable! ¿Queréis que paseemos un poco?

—Paseemos.

—Quisiera estar ya de vuelta de mi expedición, pues sin saber por qué, tengo cierta antipatía á Londres antes de haberle conocido, y á pesar de que voy á él por mi gusto, ya deseo volver.

El español hablaba alegremente y con ese acento castellano que no carece de encanto.

—¿Y vos?

—¡Oh!—dijo Terral— es probable que me quede para siempre en Lóndres, porque detesto á París.

—En ese punto no pensamos del mismo modo.

Y demostrando su admiración con expresivos gestos, el español hizo de París una entusiasta descripción.

Hablando así, poco á poco fueron deslizándose por la pendiente de las confidencias, y el español dijo á Terral que se llamaba D. Antonio Godoba y era Conde de Oriola; que estaba huérfano y que había salido de Barcelona por haber recibido un

desengaño de su prometida pocos días antes de casarse. Quiso consolarse viajando, y recorrió la Francia, la Suiza y la Alemania. En estos viajes olvidó sus pesares y recobró su antigua alegría.

—No tengo banquero—decía D. Antonio—y llevo conmigo en este saco que veis, todo el dinero que necesito, y cuando echo de ver que está vacío, escribo á la casa de Pérez y Ancho, de Barcelona, y giran á mi favor lo que les pido. No tengo criado, porque esto me proporcionaría un cuidado, y me sirvo del primero que encuentro cuando voy á alguna parte.

Terral escuchaba sin haberse fijado apenas más que en una cosa: «*llevo conmigo en este saco todo el dinero que necesito.*»

Los marineros maniobraban silbando una canción inglesa, y si álguien se quejaba de la lluvia que empezaba á caer, respondían con esa flemma propia de los ingleses:

—Pues esto no es nada para lo que va á venir.

En efecto, espesos nubarrones anunciaban una próxima tempestad.

Terral se sentía dichoso al contemplar aquel cielo obscuro y amenazador. No podía explicarse su alegría; pero lo cierto es que respiraba más libremente en aquella atmósfera cargada de electri-

cidad. Le gustaba presenciar las sordas luchas del hombre contra los elementos.

—Capitán—dijo con tono gozoso— ya tenemos armada la tempestad.

—Cualquiera diría que os gusta—contestó el capitán.

La lluvia iba arreciando y la gran mancha negra que se destacaba en el cielo iba extendiéndose como se extiende una gota de tinta en un papel de seda.

A veces el cielo se iluminaba con la luz de un relámpago, y el vapor, rudamente sacudido, subía lanzado como el tapón de una botella de champagne sobre la formidable masa de agua que le impelía, para volver á caer como si fuera á hundirse en el agujero profundo que se abría ante él.

El español, cogido á una cuerda, con los ojos fijos y pálido como un muerto, lanzaba dolorosos gemidos, acometido por un horrible mareo.

Terral le miraba con los brazos cruzados, y sentía que una idea criminal iba poco á poco apoderándose de él.

—Si ese hombre muriese—dijo— nadie se acordaría del saco que lleva.

En aquella obscuridad que lo cubría todo como un velo negro, sólo brillaba la cerradura del sa-

quito, lanzando á Terral provocativos reflejos.

Fernando temblaba, presa de un espantoso delirio, y un sudor frío cubría su frente.

Entretanto el español se retorció atormentado por horribles calambres que le hacían lanzar gritos de dolor.

Quería morir.

¡La muerte!

—Está más cerca de tí que lo que crees—pensó Terral.

Entonces se aproximó, y sus manos, agitadas por un temblor nervioso, se dirigieron hacia el saco de cuero..... Después la idea del robo le pareció tan vil, que se detuvo; pero la ambición pudo más en él, y se lanzó sobre Godoba, cogiéndole bruscamente entre sus brazos. La obscuridad era profunda, y en aquel rincón del bareo no había nadie. Sólo con su criminal idea, Fernando oprimió al español contra su pecho.

—Gracias, muchas gracias—dijo entonces Godoba, creyendo que Terral trataba de auxiliarle.

Y Terral sintió que una mano helada estrechaba la suya.

Entonces retrocedió, y sus brazos soltaron á Godoba, que cayó sobre el puente con la cabeza inclinada sobre el brazo izquierdo.

—¡ Ah! ¡ me falta el valor! ¡ Soy un cobarde!— gritó Terral;—y bajando como un loco la estrecha escalera que conducía á los camarotes, se arrojó sobre su lecho y se agazapó en él como una bestia feroz.

Cuando volvió en sí (pues había sufrido un desvanecimiento), la tempestad había pasado y los pasajeros comían tranquilamente. Habían salido de alta mar y el vapor bogaba ya en el Támesis.

Fernando se levantó; pidió huevos y un poco de queso, y después de haber pagado, subió sobre cubierta.

—¡ Eh!—le gritó al momento una voz que le era conocida.—¡ Nos hemos salvado!

Terral se estremeció.

Era la voz de D. Antonio.

—Sí—dijo Fernando.

Y le volvió la espalda.

Cuatro horas después llegaban á Londres.

Terral entró en un parador y pidió una habitación.

—¿Qué habrá sido del español?—se dijo cuando estuvo solo.—No he querido seguirle, porque tenía miedo de mí mismo. ¡Jamás sabrá ese hombre que me debe la vida! y sin embargo—añadió con singular sonrisa—¡ no hay duda que me la debe!

XII.

Antonia había experimentado una excitación suprema en sus últimas orgías. Sentía ahora más deseo que nunca de aturdirse y de que el alcohol, exaltando sus sentidos, la comunicase nuevo ardor y una vida más apasionada. Parecía una lámpara que al extinguirse ilumina con claridad por un instante cuanto la rodea, para apagarse luego repentinamente dejándolo todo en sombra. Con sus mejillas arrebatadas, sus ojos brillantes por la fiebre, sus labios rojos como el carmín, y sus cabellos blondos y abundantes todavía, tenía un atractivo especial, un encanto irresistible. El sucesor de Raul de Navaille (que era un agente de cambio) estaba orgulloso de ella.

La alegría de otras veces parecía haber vuelto á apoderarse de la joven, que se sentía transportada á una nueva atmósfera donde la vida era semejante á uno de esos sueños en que el cuerpo no toca la tierra y en que se ve todo desde lo alto del éter.

Al encontrarse Antonia con aquella nueva belleza que hacía de ella un tipo más interesante que nunca, quiso que la hiciesen un retrato, para lo

cual buscaron á un jóven pintor que gozaba ya de una gran reputación y se llamaba Carlos Bourdenois. El artista hizo de aquella fisonomía transfigurada por el sufrimiento, una obra maestra.

Antonia miraba entusiasmada aquel retrato, admirándose y enviándose sonrisas. Por entusiasmo hacia el cuadro, se enamoró del pintor, y una mañana se lo dijo, mientras que éste daba los últimos toques á su obra. Bourdenois fingió creer que era una broma; respondió ingeniosamente, y desde aquel día no volvió, dejando sin embargo acabado el retrato. Antonia llamó á la señora Labarbade y á su hermano para que lo vieran.

—Es precioso—dijo *mamá Anaïs*;—pero la verdad es que como parecido, nunca se podrá comparar la pintura con la fotografía.

Sin duda pensaba al decir esto en Fermín Monsechard, el colaborador del sol.

Antonia permanecía sola muchas veces admirando aquella obra maestra, en que el artista, sin querer tal vez, había puesto una suprema melancolía que los egipcios hubiesen llamado *el emblema de la muerte*; pero no era esto lo que Antonia admiraba en aquel cuadro. En aquella tristísima sonrisa, que era la suya, veía todas las horas perdidas desfilando como en una linterna mágica. La

joven saludaba á aquellos recuerdos con una sonrisa, y sus lánguidos ojos, al recordar los pasados días y las olvidadas noches, lanzaban aún destellos de voluptuosidad. De nuevo hubiese vuelto á recorrer aquel camino en que las flores caen en el lodo. Se sentía morir, consumir, algo que la iba arrancando átomo por átomo la vida; pero no sentía remordimientos. La invadían nuevos deseos, una fiebre de placer, una necesidad de estremecimientos y emociones, una sed abrasadora de ruido, de cenas y de amores.

Antonia había despedido á su médico, que la reprendía sin cesar á cada nuevo exceso, y arrojando al fuego sus recetas y medicinas, las cambió por champagne. Aquella joven débil, inconsciente y perezosa, que no había tenido en toda su vida más que instintos, sin voluntad alguna, encontraba una singular energía para resistir á su enfermedad, defender su vida y reir ante la misma muerte.

Pero la muerte se burla de los que ríen, y avanza cada día un paso, extendiendo su descarnada mano, que encuentra siempre lo que busca. Antonia se sentía presa completamente en sus redes; tenía momentos de terribles ahogos, convulsivos estremecimientos y dolores sordos, fijos y tenaces,

que la hacían gritar llavando la mano á su frente y llorando con amargura.

—Pero ¿qué es lo que tengo?...—decía con espanto.

Volvió á llamar á su médico.

—¿Qué tengo, decid? ¿Qué es esto?—le preguntó.

El doctor no respondió y prescribió los mismos remedios de antes: baños, tisanas, y sobre todo, mucha tranquilidad.

—¡Tranquilidad!—exclamaba Antonia retorciéndose con desesperación.—¿Puedo yo acaso tenerla?

Una horrible enfermedad nerviosa, complicada con una afección cerebral, la agitaba, sumergiéndola luego en una completa postración. Cuando la hablaban, sus ojos fijos en el suelo ó en cualquier objeto parecían los de un muerto.

Antonia no podía darse cuenta del mal que la iba consumiéndola. Su pecho se deprimía y su columna vertebral se arqueaba. Una palidez de cera cubría todo su cuerpo, en el que de día en día iban marcándose más los huesos. Sus ojos, siempre bellos, se hundían en las azuladas órbitas. Todos sus movimientos tenían una rigidez cadavérica, y á veces lanzaba gritos como si sus huesos se

hiciesen pedazos al hacer cualquier movimiento.

Los médicos habían murmurado una palabra que Antonia no había entendido. *Reblandecimiento agudo* habían dicho.

—¡Pardiez!—exclamó la señora Labarbade, que estaba atenta;—no tiene nada de extraño con la vida que ha llevado: ¡*Tanto va el cántaro á la fuente.....*

El que se ve atacado por esta horrible enfermedad, parece que da cada día un paso más hacia el sufrimiento. La sensibilidad, horriblemente exaltada, multiplica y centuplica los dolores. La movilidad va paralizándose poco á poco, como la inteligencia, y llega un día en que ni se puede extender un brazo ni comprender por qué no se extiende. ¡Fuerza y facultades! ¡Todo, todo se pierde y degenera al mismo tiempo!

Antonia se contemplaba fantasma de sí misma, y á veces tenía el triste capricho de ataviarse con sus galas de otro tiempo, que podían ahora envolver dos veces aquel cuerpo enflaquecido y extenuado.

Entonces la joven bajaba la cabeza sollozando.

A veces también era presa del delirio. Entonces quería ir al teatro, oír música, ver trajes, decoraciones y actores. *Mamá Anaís* hacía que la trans-

portasen, alzando los hombros con aire de indiferencia, á algún palco obscuro, desde donde Antonia devoraba, sin comprenderlo, lo que pasaba en escena, con sus grandes ojos fijos y espantados, el cuello extendido y la boca entreabierta.

Luego de repente decía:

—Me aburro.

Y era necesario marcharse.

La señora Labarbade lanzaba un suspiro, acompañaba á Antonieta hasta el carruaje, y á menudo volvía al palco para escuchar el final de la pieza, mientras que *la pequeña* quedaba abandonada en el carruaje. Daba también *mamá Anais* á menudo citas en el teatro á Fermín Monsechard, que sacudía á menudo á derecha é izquierda su magnífica cabellera en que el perfume de *Mil flores* luchaba con el colodion.

Al llegar á casa, Antonia se hacía desnudar y trataba de dormir; pero las noches se sucedían largas, lentas y crueles, entre delirios y horribles dolores. ¡Qué diferencia con las noches pasadas en el *Café Inglés*, llenas de aventuras, canciones y pasión!

Una noche, durante su delirio, Antonia debió ver la imagen de Terral, porque no cesó de pronunciar su nombre.

—Quiero casarme con él—dijo á la señora Labarbade cuando entró en su cuarto al día siguiente.

—¡Casarte! ¿Con quién?

—Con Fernando.

—¡Valiente boda!

—Sí, una boda..... una boda....—repitió Antonia con extravío.

Poco á poco se fué quedando dormida, y su cabeza cayó sobre la almohada de encajes, cuyo lujo contrastaba con tantas miserias.

La señora Labarbade se ataviaba entre tanto para recibir á su fotógrafo.

Precisamente aquella mañana Fernando Terral se había levantado furioso por no haber encontrado nada después de haber pasado quince días en Londres.

—La fortuna me vuelve la espalda—pensaba.

Había hecho todo lo posible por alcanzar aquella fortuna, pero la inmensa ciudad no entrega sus secretos de explotación más que á sus hijos y algún que otro afortunado. Allí, más que en ninguna otra parte, se encuentra solo el desgraciado. La multitud parisién tiene voz, movimiento, alma;

la de Londres es un mar terrible que sumerge al que cae.

Terral parecía un minero que remueve el terreno sin lograr descubrir la pepita de oro. Iba y venía por las innumerables calles, buscando el filón que debía explotar; pero en medio de aquella populosa ciudad se encontraba más que nunca aislado, descorazonado, perdido y veía con inquietud que se acababa su dinero. Se presentó en una casa de comercio pidiendo una plaza, pero le contestaron que no necesitaban sus servicios. Los ingleses son desconfiados, y un francés expatriado y sin recursos buscando trabajo por las calles de Londres no podía inspirar ninguna confianza.

Por fin encontró un librero que le encomendó la traducción de algunas obras francesas, pues Terral sabía el inglés bastante bien, y el librero se encargaba de corregir cualquier falta que pudieran tener las traducciones.

Aquel trabajo hacía correr el sudor por la frente de Terral, hasta que por fin se cansó; regañó con el librero, y se vió de nuevo sin recursos.

—Decididamente la suerte me ha abandonado—se dijo.

Al pasar cerca del Parlamento vió algunos sargentos que reclutaban voluntarios, y pensó alis-

tarse; pero una cosa le contuvo: la disciplina.

Había nacido libre y quería morir del mismo modo.

Una mañana, que era la treinta y dos de su estancia en Londres, se levantó más alegre que de costumbre y casi confiado. Abrió su ventana. La lluvia fina de las mañanas de Londres caía sin cesar, y los negros arroyos corriendo cadenciosamente reflejaban aquel cielo ceniciento.

—He aquí la imagen de mi vida—pensó Terral mientras se vestía.—Bruma, niebla y fango.

Le habían indicado una casa de comercio que necesitaba empleados: la casa Nicholson, Anderson y compañía. Terral almorzó en una taberna y después se dirigió á ella. Lo primero que vió al llegar fué un hombrecillo que hablaba con un inglés alto y seco. Terral se aproximó á ellos y dijo:

—¿El señor Nicholson?

—Servidor—respondió el hombrecillo.—¿En qué puedo servirlos?

Terral dijo entonces cuál era su situación, y pidió un empleo con que poder subsistir.

—¿Cuál es vuestro nombre?

—Fernando Terral.

—¡Calla!—dijo el señor Nicholson mirando á

Terral con fijeza.— Ese nombre no me es desconocido..... ¡ Ah! ahora recuerdo que lo he visto en una crónica parisién. Sois un jugador de fama, caballero.

— ¿ Yo? — dijo Terral palideciendo.

— Sí, vos, según dijo el *Figaro* últimamente, á menos que no haya inventado un cuento..... Pues bien, á fe mía que no he de censuraros por ello, sino que por el contrario, apruebo vuestra conducta, pues creo que la vida en estos tiempos es una lucha á mano armada..... Debéis ser un joven inteligente, señor Terral..... ¡ Anderson!.....

El inglés alto y seco se adelantó.

— Este joven podría sernos útil — dijo en mal inglés Nicholson.

— ¡ Ah! — contestó el señor Anderson.

— Ha tenido desgracias de fortuna allá en París.

— Si pudiera servirnos de asociado.....

— Voy á hablarle.

El señor Nicholson hizo una seña á Terral para que le siguiese y se encaminó á un pequeño despacho.

— Señor Terral — le dijo cuando estuvieron solos — mucho celebro que hayáis venido, porque vuestros antecedentes me hacen esperar que po-

dremos entendernos. Para que veáis que desde luego me inspiráis confianza, voy á jugar limpio. Sabed que me llamo León Caminade, que he nacido en Burdeos, y que el inglés Nicholson no existe por consiguiente. El señor Anderson, que es ese que habéis visto, es un antiguo marinero que no le gustaba su oficio y se asoció conmigo. Cuando llegué á Londres me encontraba como vos sin recursos y con varios exhortos lanzados contra mí por la Prefectura de Burdeos. Resolví ganar mi vida, y concerté con mi amigo Anderson el modo de explotar la credulidad humana y la confianza francesa. Necesitábamos otro asociado, y por fin encontramos un joven bachiller, parisién, acusado de haber falsificado la firma de un pariente suyo. El se encargó de la correspondencia. Mandamos timbrar papel con el nombre de la compañía, alquilamos este entresuelo y hace dos meses que hacemos pedidos importantes á París. Nos han remitido cuanto necesitábamos; hemos vendido y hemos pagado. De modo que hoy por hoy la casa Nicholson, Anderson y compañía, está lo bastante acreditada para poder hacer un pedido que valga un millón de francos..... Hemos tenido la desgracia de que nuestro asociado se nos escapase después de habernos robado. Nos vemos, pues, en el

caso de tener que reemplazarle, porque el amigo Anderson no sabe escribir dos frases seguidas en francés; y en cuanto á mí, sé poco de eso y cometo muchas faltas de ortografía. ¿Queréis ser nuestro escribiente? Tendréis buen sueldo y parte en las ganancias, con sólo tener cuidado de engañar lo mejor posible á nuestros corresponsales de París. El negocio es cuestión de dos ó tres meses. Giran contra nosotros á noventa días fecha. De modo que dentro de tres meses llegarán las letras, que-rán presentarlas y no nos encontrarán. Nicholson habrá muerto; Anderson habrá partido; pero Caminade y el ex marino serán millonarios..... y vos podéis ser tan rico como ellos.

—Me extraña la confianza que os inspiro—dijo Terral.

—Es que soy un gran fisonomista, y además conozco vuestra historia, como os he dicho..... Conque, ¿cuál es vuestra respuesta?

—Soy vuestro en cuerpo y alma — dijo Terral.

—Venga esa mano. Hacéis nuestra fortuna y la vuestra. ¿Dónde vivís ahora?

—En Soho.

—Pues es necesario que os mudéis aquí..... y ya sabéis que de la elocuencia de vuestras cartas depende que podamos repartirnos un millón de francos.

Terral salió de allí rojo, congestionado por una inmensa alegría. ¡Volvía á sonreírle la fortuna! Iba á entablar la lucha de la inteligencia contra la buena fe ó la tontería, que eran para él lo mismo.

Pagó lo que debía en el parador, para irse á vivir á las oficinas de la Compañía, como le había ordenado el socio Nicholson.

Terral estuvo haciendo todo el día proyectos, y su ardorosa cabeza parecía que iba á estallar.

Por la noche se dirigió maquinalmente al teatro, como hacía en sus buenos tiempos de París; pero la representación pasó completamente desapercibida para él, y cuando terminó y tuvo que salir del teatro, empezó á vagar por las calles, completamente embebido en sus pensamientos, perdiéndose, en fin, en el inmenso laberinto de la populosa ciudad.

Al pasar por una calleja estrecha y oscura (Terral se encontraba en Saint-Gilles), vió un hombre de atlética figura que estaba parado en un rincón. En el mismo momento, tres ó cuatro bandidos le cogieron por detrás y le echaron al suelo. Entonces se adelantó el que Terral había visto, y poniendo una rodilla sobre el pecho del joven, rodeó con sus manos de hierro el cuello de éste, dejándole muer-

to casi instantáneamente. Después entre todos le despojaron de sus ropas, dejándole completamente desnudo.

Nicholson y Anderson se sorprendieron mucho al día siguiente de ver que su nuevo socio no parecía por allí. Creyeron que los había delatado, y se echaron á temblar.

—Sin embargo—decía Caminade—sus antecedentes me inspiraban mucha confianza.

Por la noche ambos socios se tranquilizaron al saber que un francés había sido estrangulado en Saint-Gilles la noche anterior por la banda de estranguladores de que tanto se hablaba.

Caminade fué á ver el cadáver y reconoció á Terral.

—¡Ah!—dijo á su socio;—nos hemos quedado sin escribiente; pero prefiero escribir yo, aunque sea con mil faltas de ortografía, á buscar otro. Ya veis como no me equivoqué al decir que Terral era uno de los nuestros.

Aquella fué la oración fúnebre de Fernando Terral.

XIII.

La señora Labarbade llamó aparte una mañana al médico que asistía á Antonieta.

—¿Qué me decís de la enferma, doctor?—preguntó, más bien con aire enojado que afligido.

—Que no tengo ninguna esperanza, y sólo un milagro podría salvarla.

—Pero en fin..... quisiera saber si será cuestión de mucho tiempo.....

—¡Ah! ese es el secreto de la naturaleza. Lo mismo puede durar un mes, que un año, que un día.

La señora Labarbade volvió á la habitación de Antonieta con aire de mal humor. La enferma estaba extendida en un diván-cama, y miraba lo que tenía ante sus ojos con aire idiota. Su madrastra se detuvo y la contempló un momento con desdeñosa piedad. Después se encogió de hombros y dijo dulcificando la voz:

—¿Qué tal, te ha dado buenas noticias el doctor?

—Sí—dijo Antonia levantando penosamente la cabeza.—Me ha dicho que pronto estaré buena.